

Sin embargo, en María Teresa León los impulsos principales parten de una querencia conmovedora de España, en tanto que regazo añorado y pueblo soñado: sensación aguda, obsesionante, del destierro. El recuerdo de la patria, usurpada mixtura, las escasas etapas de paz y pertinaz esperanza y el ancho, vertiginoso, cálido y arrebatador período de la guerra civil, a distancia, por lo que le concierne, idealizada.

Cumple subrayar, aplicados a tales contingencias y pasiones, los acentos de ternura que distinguen, salteados, a *Memoria de la melancolía*. Veraces y a veces de cualidad arrebatada, como ese corazón de una feliz comedia inglesa, nos impresionan aún más porque semejan «párrafos hablados» platicados, que de modo individualizador se nos destinan.

Lo que no empece el surgir y resurgir de una superposición o infraestructura (pido disculpas) de índole lúdica, más apreciable en los ritmos que María Teresa León consagra a su intimidad y derredor, cuando el público, la propia imagen expuesta, no coartan. Un desprendimiento de los gestos —máscaras en suma— a que lo comunitario obliga. Y resucita, en los momentos favorables, el portento de la irrepetible criatura.

Factores diversos más convergentes, que determinan, al par que distintiva sinceridad, los juicios benévolos de los seres en afinidad —de oficio asimismo— tratados, la encomiable falta de críticas ácidas. En cambio, profiere las más rotundas repulsas contra Franco y sus adláteres del nazifascismo.

Punto y aparte de Rosa Chacel

En múltiples ocasiones deben diferenciarse en los memorialistas, que así los define y se alinea, con ejemplaridad, en do de pecho, Corpus Barga, *los orígenes de la originalidad*. En Rosa Chacel, al abordar, relativamente, este género, para ella de peculiar autobiografía, huelga establecer distingos. Los «principios» son absorbidos o transformados por una personalidad de raro brío y tallada palabra y una inconfundible construcción del parlamento, del instituido bloque de frases, en cualquier ocasión exentos de retórica moliente. Estas calidades se delinean ya en *Desde el amanecer*, han proseguido en su *Barrio de Maravillas*, ahí con predominante ropaje novelesco y se centran en la doble faz titular de su *Alcancía*. Pero un ejercicio tan riguroso y descarnado, de resuelto efecto catártico, queda un tanto en volandas, dada la escueta intrepidez de la confesión, de su podado ramaje, de no vincularlo al texto que virtualiza *Desde el amanecer*, título cabalmente poético, de la «autobiografía de sus primeros diez años», proeza de retentiva reconstructora, publicada en 1972. En sus páginas la comprensible y casi preceptiva borrosidad del recuerdo se transmuta en una fiel recapitulación de la alboreada edad. Rosa Chacel (1898) al conjurar el cruce de siglos que a la sazón viviera, nos coloca con plenitud en un ambiente que su admirable facultad artística logra renacer. Aquella infancia asciende a creación y a cosmovisión, nos invita a seguir su particular camino, con el que se identifica el lector atento y receptivo. No creo que abunden tan altos empeños. ¡Y qué significación cobran, al saber narrarlos, menudos episodios que, sin embargo, configuran! Y se levanta acta de los temperamentos y genios familiares, sin omitir próximos antepasados.

Y el tema, propenso a un disimulado o declarado narcisismo, cobra entidad literaria e ilustra mediante juicios de valor, con su fuerza de modalidad. Así, su madre «cantaba, tocaba el piano, bailaba las sevillanas (académicamente por supuesto, acoto), podía recitar versos sin cuento». La niña, siempre ella, extrae del arcón de las memorias el hecho tipificador de su psicología, sus directrices: «Bueno, estudiaba siempre, pero no siempre en los libros. Estudiaba, por ejemplo, cómo moría una mosca pegada al cristal de la ventana», y en ligera pausa informa, y quizá ambas tendencias se enlacen, que «hasta no tener fiebre los sueños eran mi padecimiento. Soñaba cosas tan atroces (uno de sus adjetivos predilectos, recurrentes, apunto) que su impresión no podía borrarse durante varios días».

Refiere una tónica de conducta en su hogar vallisoletano, que influiría grandemente en su posterior composición psíquica. «Se evitó rigurosamente todo lo que pudiera impresionarme. En consecuencia, jamás se puso ante mí la idea del infierno». Un trazo que habría de repercutir: «yo no jugué jamás con chico o chica».

Rosa Chacel es, ya en ese amanecer, una voluntad radical que reconoce, de inmediato, sus singularidades: «recuerdo bien mi obsesión de veracidad, mi dureza, mi valor para afrontar las ideas más penosas o tenebrosas, y respondo de ello porque son puntos que han marcado una trayectoria segura, hasta el día de hoy». Y la confirma al enfatizar «la continuidad y consecuencia de mi vida». Semejante firmeza y contundencia adquieren timbres de predestinación, el concepto inequívoco de su potencialización y función.

«Mi pueblo, y esta vez no mi ciudad, sino toda España, dice eso: lo dice dentro de mí. Yo, en cualquier momento, puedo decirlo, y lo grave no es que yo lo diga, sino que si lo digo allí será un testimonio de que España lo dice».

Espigo en una lectura que, evidentemente, requiere otras que se atengan más a lo descriptivo y quizá cifradas en lo anecdótico, mientras se aúna con las citas anteriores y constituyen sus anhelos y premisas en *Alcancía*. Habla, nuevamente, de su «dureza inexpugnable», de que «el trabajo fue siempre juego para mí y el juego trabajo». «Por suerte, por azar o por destino, seguía viviendo entre mayores, entre gente vieja. Ahora tenía una amiga menor, pero era más vieja que todos los otros. Tenía el elemento noble de la vejez: experiencia, sabiduría, cosas de que carecían las personas maduras —sin madurez—, que me rodeaban».

A mi entender, las escenas familiares en aquel Valladolid, la captación del barrio de Maravillas y, sobre todo, la meditación practicada ante una sucesión de espejos, que para Rosa Chacel no empañaron sus lunas, conducen en *Alcancía* a un intimismo que raya en lo integral, a una consideración que estimo intransferiblemente personal de su *Ida y vuelta*, imagen cierta, esclarecedora, pues comienza el 18 de abril de 1940 y termina, por ahora, el 28 de mayo de 1981, se nos fijan unos entrelazamientos de índole alternativamente pública y privada, desgarradas impacencias constitutivas, atemperaciones, laboriosas esperas: la fisiología de su creación literaria, al trasluz vital, objetivo primordial de su existir.

Si he reiterado el arco temporal que esta obra —insólita entre nosotros—, abarca, en el transcurrir de más de cuatro colmadas décadas, es para resaltar el período histórico que le sirve para desenvolverse con relativa independencia de los azares del

exilio, de la fase final, putrefacta, del franquismo y de los vientos, alternos, de la transición. Es mi nota a pie de página o en los créditos de un filme, arte séptimo en que Rosa Chacel acostumbra a sumergirse, aunque también, de modo escueto, se provoquen juicios de valor —impresiones parcas y sentenciosas, a trechos—, de menor entidad que los directa o indirectamente relacionados con la literatura. Considerable salto de Burdeos a Buenos Aires, comienzo de un destierro al que, con preocupación temática, Rosa Chacel no se siente vinculada ni tampoco influida, según reiteradas declaraciones. Ni en su ánimo ni en su inteligente escritura.

Ya entonces, en su estadía argentina, Rosa Chacel apunta el derrotero que le corresponde: «... como en mí el pensamiento está entremezclado a la vida, supuse que todo saldría eslabonado. Por esto, esperaba encontrar algo importante, sugerente, algo que pudiera ser un punto de partida, no lo encontré en los libros». Porque ella quería conservar las fuerzas para hacer «la enorme obra que tengo preparada». Consciente de que «para poder emocionar a los otros con la creación de cualquier obra de arte, es preciso que el creador no esté emocionado». ¿Toma de posición que puede juzgarse exclusiva, única?

La etapa de Brasil —Río de Janeiro—, empieza a desvelarse en 1955, al cabo de delgados cuadernos donde figuran sus vinculaciones, actividades y actitudes literarias en Buenos Aires, es, quizá, una de las más representativas de Rosa Chacel, puesto que en ella, modélicamente sincera, exentas de la preocupación por la imagen propia; con espontaneidad jugosa, explana sus sentires, donde esplende un rico decir castellano. Las opiniones, sin embargo, evidencian ahincada meditación, cuando se aplican a categorías estéticas. Ejemplo al canto la distinción que establece: «... este llamar a las cosas por su nombre, que se emplea en los escritos íntimos, no voy a decir que sea impura, pero siempre tiene algo de *collar de colmillos...*, ostentación»; He aquí los tigres que maté... «En cambio, en una novela las cosas quedan purificadas, casi santificadas por el acto creador».

Junto a este concepto reverencial de la literatura y del pormenor que requieren las tareas domésticas, se reseñan para que denuncien su peso específico: una de las claves personales, apreciables a lo largo de su obra, la atracción que ejercen en Rosa Chacel «las cosas inertes y que nos puntualiza su calificación necrofílica», «y ante una concreta experiencia que se resume como una sensación muy extraña que sufro hace tiempo de ciertos momentos de emoción, de angustia».

Se asiste a una afirmación de individualidad, la confesada de «no sé cómo producir un poco de escándalo». Posiblemente, sin que deba ajustarse a un género o subgénero, el epistolar, la desazón que le produce aplazar sus respuestas y la idea patente de la importancia que le concede, en esta *Alcancía* no transcrita (en cartas cuyo contenido se nos escorza, en refrendo, además, de las categorías de la amistad acendrada), excitan en nosotros un interés que sería cabalmente recompensado con una admiración adicional. De ella depende...

Insiste Rosa Chacel, en la ruta de su *Vuelta*, vocación, potestad y deleite intelectuales, «y hoy he tenido un día de una actividad bastante consoladora, he pensado mucho». «Tal vez porque soy demasiado escritor... No, no puedo poner aquí ese tono conmovido y sencillo de las cosas sentidas directamente sin la menor